

## Paisaje urbano, pornografía gay y espacios masculinos

...CUANDO ERA NIÑO siempre estaba con mujeres, con mi madre, sus amigas, las vecinas, mi abuela.

Entonces vivía en un mundo de mujeres. Para muchos niños de mi época la vida era así.

Los hombres se iban al trabajo, no estaban mucho en casa. Me parecían seres exóticos.

Algunos sábados, mi padre me acompañaba a su barbería para que me cortasen el pelo y recuerdo la sensación de entrar, quizá por primera vez, en un espacio exclusivamente masculino, a lo mejor porque tenía un ambiente muy distinto a los que conocía habitualmente o quizá reconocía que los hombres pertenecían a un club privilegiado, aunque el acceso a estos privilegios requería el cumplimiento de ciertas obligaciones.

En Inglaterra, en aquella época, la venta de condones se realizaba en las barberías. Supongo que con ello se pretendía restringir su venta a un lugar eminentemente masculino, un lugar que no fuera incómodo para el comprador; si un hombre ligaba indiscriminadamente, los demás lo podrían comprender y sentirse solidarios en una especie de conspiración masculina. Así lo comenta Caroline Cox: "Las barberías eran, y hasta cierto punto siguen siendo, instituciones deliberadamente antifemeninas, que imponían una sexualidad masculina activa, la estética de 'algo para el fin de semana'"<sup>1</sup>. Recuerdo aquellas cajitas blancas (un empaque discreto) que me llamaban la atención, precisamente porque no sabía lo que eran y quizá por la forma "sólo para hombres" con la que se comportaba el comprador. Pasaron

años antes de que entendiera lo que pasaba. Sentía que los hombres tomaban parte en rituales secretos y ello aumentaba su exotismo. A medida que crecía, me veía incapaz de cumplir con estos rituales... aún me seguían pareciendo exóticos. Sus asuntos, sus objetivos, no eran los míos. Entrar en el mundo de los hombres me parecía una prueba revestida de esfuerzo y ansiedad, y siempre tenía la sensación de que fracasaría en el intento, ya que no era una opción viable para mí. O quizá, desde un principio, la masculinidad me pareció una pose insostenible, a la vez que me llamaba mucho la atención.

Pero también, desde el principio, relacioné el género con las divisiones espaciales, reconocí que la masculinidad se generaba más allá del ámbito doméstico al que estaba acostumbrado. Esa feminización de lo doméstico se ha reafirmado cada vez más con la dominación falocéntrica de lo público.

Cualquier intento de imaginar como puede ser un espacio *queer* o feminista contemporáneo empezará por considerar lo contrario, lo que nos ha llevado a este momento, a la dependencia mutua entre la construcción del género (masculino) y el espacio. Este artículo es un breve recorrido por algunos tipos de espacio percibidos como masculinos y cómo pretendía tratar estos espacios en un proyecto reciente titulado *Cocksure*.

Las teorías recientes plantean la identidad del género como *performance*, el género como resultado de una actuación repetitiva, de ciertos comportamientos que se consideran masculinos o femeninos, que se generan colectivamente a través nuestro comportamiento en la vida diaria. Es una apariencia de sustancia que se ha creado por la *performatividad*: la copia de la copia. Tenemos la idea de una agrupación de lo que se llaman atributos masculinos alrededor del macho biológico que constituye la idea de hombre; lo masculino es lo que se asocia con el macho. Así, llegamos a entender el género



William James Cocksure 2000

como una sustancia ligada a un conjunto de atributos. Existe una serie de dicotomías contingentes: masculino/femenino, hombre/mujer, homosexual/heterosexual; términos que se dan por supuestos o que utilizamos todos los días aunque se pongan en tela de juicio. Pero podemos trazar su historia, es decir, comprobar que estos términos se han prescrito a través de una evolución cultural, social e institucional. Lo que se toma como causa, los términos fundacionales de sexo, género y deseo resultan ser efectos. Los procesos que llegan a normalizar estas categorías resultan tan ineficientes como inadecuados. Como comenta Judith Butler: “La construcción de la coherencia oculta las discontinuidades del género que están manifiestas en los contextos heterosexuales, bisexuales, gays y lésbicos, en los que el género procede no necesariamente del sexo, y el deseo o la sexualidad no parecen proceder del género, donde ninguna de estas dimensiones de la corporalidad significativa se expresan ni se reflejan entre ellas”<sup>3</sup>.

Estas discontinuidades señalan una crisis en la producción de la ‘normalidad’; que la masculinidad enfrentada al desafío de la teoría feminista y *queer* entra en crisis en el plano discursivo, aunque en la calle no. Como siempre, tiene que ver con el lugar donde estamos y con quién controla esos

espacios. La legitimidad y la autenticidad de la identidad heterosexual masculina sobreviven intactas porque su masculinidad se lee como natural, esencial y auténtica.

En la teoría de la *performatividad*, es obvio que el *performance* del género necesariamente depende de su visibilidad; si el género se construye por repetición, entonces esta repetición tiene que ser exhibida. Muchos espacios actúan como escenarios o invernaderos para el *performance* de la masculinidad. La demarcación física de los espacios, según los tipos de función, confirma la repetición obligatoria de los códigos prescritos culturalmente que constituyen el *performance* del género.

Mi objetivo es realizar un comentario sobre algunos tipos de imágenes recurrentes de la pornografía gay y por qué resulta un material útil para la representación de la construcción de la masculinidad y su relación con las tipologías espaciales. Esto implica extraer imágenes claves de su contexto para considerarlas aisladamente.

Estas imágenes proceden de los primeros segundos de las películas, la puesta en escena, cuando los actores están todavía vestidos o semivestidos, holgazaneando, a la espera de encuentros sexuales. La cuestión es tratar

---

ENTRAR EN EL MUNDO DE LOS **hombres**  
ME PARECÍA UNA PRUEBA REVESTIDA DE  
ESFUERZO Y ANSIEDAD, Y SIEMPRE TENÍA  
LA **sensación** DE QUE FRACASARÍA  
EN EL INTENTO, YA QUE NO ERA UNA  
OPCIÓN VIABLE PARA MÍ.

---

la representación del espacio y su relación con el cuerpo masculino que nos muestra, es decir, escenario y objetos dispuestos alrededor del protagonista que nos hablan de la construcción de la masculinidad en general.

Una figura en un escenario que puede ser una calle, un callejón o algún rincón abandonado de la ciudad, o quizá alguna instalación industrial. El horario habitual, el nocturno. El escenario es anónimo, quizá situado en el espacio público o, por lo menos, penetrable desde el espacio público. Se sugiere la escena a través de unos pocos elementos —paredes de ladrillo, farolas lejanas, la presencia del tráfico al fondo— justo lo suficiente para distanciarse de lo doméstico: la característica determinante.

La oposición de lo público y lo privado circunscrita al género prescribe el dominio de lo masculino fuera de la casa. Como comenta Marguerite Duras, los espacios domésticos son masculinos o están contruidos por hombres, pero quienes habitan los espacios son las mujeres; el concepto de habitar resulta un concepto que tiene que ver más con la feminidad que con la masculinidad.

El espacio público no es solamente una cuestión de fisicidad sino también de construcción cultural y política. Aunque las mujeres hayan luchado por conseguir cierta visibilidad en las esferas políticas y culturales, la movilidad y la presencia dominante de los hombres en el espacio urbano sigue siendo una expresión de privilegio y de poder. Existen tipologías de espacios urbanos donde las

mujeres tienen mayor o menor visibilidad, según las fronteras prescritas.

El trabajo del arquitecto es cubrir las necesidades de los ciudadanos, pero es el arquitecto quien decide cuáles son estas necesidades y sus diseños actúan constituyendo lo masculino y lo femenino al demarcar las fronteras. Es una figura patriarcal que existe dentro de una tradición heroica masculinista de lo moderno, seguro de su capacidad de producir un mundo racional a través de la creación de los productos estándar que cubren las necesidades humanas. No tenemos un espacio sin arquitecto y su presencia acarrea toda una serie de afiliaciones institucionales, culturales, económicas y políticas que el producto arquitectónico confirma y refuerza.

A finales del siglo XIX, la aparición de los grandes almacenes y sus escaparates elaborados ofreció una de las pocas culturas callejeras aceptables para la mujer burguesa, su participación legitimizada por su asociación al consumo. La movilidad del ciudadano (burgués) se ha demarcado más por tipologías y zonas funcionales; el trabajo se coloca en la oficina, la habitación en la vivienda.

Mientras la no participación del usuario y la funcionalidad prescrita son unas de las características más determinantes del urbanismo moderno, existen grandes áreas de la ciudad, zonas abandonadas, zonas en declive o a la espera de ser renovadas que no están reguladas o son inseguras. Donde la intervención institucional tiene un efecto menos determinante, como resultado de una políti-



William James Cocksure 2000

ca deliberada o negligente o por falta de interés, los hombres pueden apropiarse del espacio como si fuesen los propietarios; la *flâneuse* sigue siendo un personaje poco habitual. Plantea Michael de Certeau que tanto los usuarios como los diseñadores proporcionan significado al espacio público, incluso cuando los creadores tienen el poder de definir su significado oficial y dominante, los usuarios son capaces de diseñar estrategias que les permiten aprovechar el espacio de formas alternativas incluso opuestas que confunden el diseño de los creadores. En las zonas de uso prescrito, donde las mujeres tienen mayor visibilidad, la organización espacial y la funcionalidad regulan el comportamiento del usuario. Mientras las excursiones en el llamado espacio público piden ciertos comportamientos modificados, ya no requieren la aceptación de las responsabilidades. Las alteraciones del comportamiento se entienden como transgresiones.

La lucha por el control del espacio ha sido capital para el desarrollo de la política y la cultura de los gays y las lesbianas en el siglo XX. Durante la mayor parte del siglo, los gays tenían que soportar la violencia antigay y la policía. Para hacer frente a ese desafío, los gays elaboraron diversas tácticas que les permitieron moverse con libertad en la ciudad, apropiarse de espacios no marcados como gays y construir su propia ciudad, aunque invisible, dentro de la ciudad dominante. Los espacios gays tendían a ser abiertos, eran calles o parques, porque eran menos fáciles de controlar por las autoridades que los locales, y siempre habría un rincón del espacio público que permaneciese sin vigilancia. Sin embargo, no existen de la misma manera, es decir situados dentro del espacio público, zonas de ligue para lesbianas o en las pocas ocasiones en que se hace un uso lésbico dentro del espacio público se debe a que ya es una zona gay establecida por gays masculinos. ¿Es que utilización alternativa u opuesta del espacio urbano —es decir, de una manera oportunista, ociosa más que una iniciativa organizada, deliberada— es también un privilegio masculino, un resultado de la movilidad del hombre en el espacio público?

Los personajes de la pornografía gay no se retratan necesariamente abiertamente gays: un tema recurrente es el chico *straight* sin nada que hacer aparte de follar. En estos vídeos, que son por definición *gender exclusive* (excluyentes), el espacio urbano se presenta como un entorno exclusivamente masculino. Así, la pornografía prefiere representar las zonas más anárquicas, abandonadas o ambiguas de la ciudad. Se supone que aprovechar el espacio anónimo para propósitos sexuales es morboso, pero la visión de este espacio urbano, no vigilado y oscuro, como exclusivamente masculino que nos proporciona la pornografía gay, reitera las demarcaciones espaciales de las divisiones de los géneros. Sugiere un submundo, una ciudad de sombras y placeres prohibidos, un entorno natural para el macho solitario, anónimo, sin ataduras. La pornografía excluye cualquier referencia a la historia

personal, a la familia, al pasado; tampoco se implica el protagonista en las preocupaciones masculinas y burguesas del trabajo, el poder o el sueldo. Se encuentra cómodo en el paisaje urbano, heredero del héroe del cine negro de los años 40 y los 50, un hombre capaz de penetrar y superar el caos urbano, un mundo “a evitar por la mujer burguesa y su familia”<sup>4</sup>.

Además, estas imágenes nos recuerdan a la ‘zona del sexo’ identificado por Pat Califia: “En la ciudad existen las zonas de comercio, de tránsito, de habitación. Pero no es posible definir tan sencillamente los propósitos que algunas zonas de la ciudad cumplen. Estas son las zonas del sexo, las zonas de prostitución, los guetos gays. Aunque las ordenanzas municipales puedan prescribir la ubicación de estas zonas, las autoridades no admiten que la creación de estas zonas haya sido intencionada, dirán que preferirían que tales lugares no existiesen. No obstante, no existe ninguna ciudad en el mundo que no tenga una zona de este tipo. Es mediante estas zonas que la ciudad se convierte en signo del deseo, de la promiscuidad, de la perversidad, de la prostitución y del sexo para todas las categorías de edades, géneros, clases sociales y razas.

La zona del sexo no existe independientemente; ninguna zona se dedica exclusivamente a esta función. Habitualmente se impone sobre otra zona, un barrio en declive donde tienen que vivir los pobres, sobre todo los recién llegados; una zona que tiene pocos habitantes porque se destina a la industria o al transporte, o una de las compensaciones fruto de la culpabilidad ecológica — el parque urbano.

Un mercado oculto permite que sus clientes permanezcan ocultos. Esto concede al resto de las zonas de la ciudad un doble significado, una semiótica oculta porque su relación con la zona del sexo queda desconocida. La ilustración más obvia de esta relación no reconocida es el hecho de que los enclaves residenciales seguros destinados a la crianza de los niños y al matrimonio monógamo también se llenan de hombres que buscan placeres prohibidos. Jamás se permite que la zona del sexo prospere dentro o cerca de los lugares donde habitan sus clientes. (...)

La zona del sexo es un lugar tanto de resistencia como de aquiescencia de la polarización de los géneros y la dominación masculina...”<sup>5</sup>.

La pornografía es por definición fetichista; la actividad sexual se divorcia de las relaciones sociales y tiene un efecto de distanciamiento en el tiempo y el espacio normales. Puede servir para explicar por qué la pornografía está siempre marcada por un aspecto pasado de moda, anticuado, ahistórico.

El suministro de servicios para cantidades cada vez mayores de consumidores demanda que pasemos por una serie de lugares y experiencias (el aeropuerto, el cajero automático, el hipermercado, el restaurante *fast food*,

---

SE SUPONE QUE APROVECHAR EL ESPACIO ANÓNIMO PARA PROPÓSITOS SEXUALES ES MORBOSO, PERO LA VISIÓN DE ESTE ESPACIO URBANO, NO VIGILADO Y OSCURO, COMO EXCLUSIVAMENTE MASCULINO QUE NOS PROPORCIONA LA PORNOGRAFÍA GAY, REITERA LAS DEMARCACIONES ESPACIALES DE LAS DIVISIONES DE LOS GÉNEROS.

---

etc.) que pretenden servir exclusivamente una función predefinida. Son los no-lugares. Su diseño no permite la adaptación, no se adecua al paso del tiempo. Insiste en la funcionalidad, una funcionalidad no prescrita por el usuario sino decidida con antelación. Como la pornografía, borra toda memoria del pasado y así, parece ocupar un tiempo y un espacio virtuales, sin cambio, sin textura y sin decadencia. Cuando estos no-lugares fracasan —que sucede con frecuencia— su intransigencia obliga al usuario a dejar de lado su inconformidad. El usuario está obligado a renunciar a cualquier sentimiento de individualidad o control sobre el ambiente, una situación que puede recordar al usuario de la pornografía en su estado de no-participación, pasividad y neutralidad.

El no-lugar ofrece deliberadamente un número limitado de posibilidades al usuario. Se caracteriza por su continuidad y su uniformidad. Mientras todo funcione adecuadamente, el no-lugar resulta ser un lugar donde no pasa realmente nada o lo que pueda ocurrir quedará al margen de su funcionamiento. Así, cualquier excursión se parecerá siempre a otra. Su función es su significado.

No obstante, el no-lugar es un lugar real. Estamos obligados a pasar periodos de tiempo cada vez más largos en tales sitios, mientras cualquier intento de experimentar el no-lugar como lugar o cosa literal, de contemplar el brillo de sus superficies planas y uniformes, lo convertirá en fetiche. Es una experiencia que demanda que la función se desasocie de su objetivo ulterior, como, en el caso de la autopista o el aeropuerto, la noción del viaje se divorcia de cualquier sentido de destino. De esta manera nuestra experiencia del no-lugar se parece a la de la pornografía.

Mientras el espacio urbano, *cityscape*, es masculino por implicación, otros espacios que proliferan en la pornografía gay son exclusivamente masculinos por definición o por tradición.

Los vestuarios, la cárcel, el gimnasio son espacios donde se presta mucha atención al cuerpo masculino o donde se celebra el cuerpo masculino y por lo tanto, resultan espacios de ansiedad heterosexual. En este tipo de espacio, el hombre expone su cuerpo a la mirada masculina de los demás y la ansiedad procede del hecho de que la mirada masculina hacia otro macho puede tener implicaciones homosexuales. Resulta interesante observar que los espacios deportivos no producen ansiedad porque, aunque su atención se centra en el cuerpo, la mirada puede justificarse por el interés técnico. En el deporte se celebra la masculinidad por su capacidad de superar los obstáculos físicos y de perfeccionar el autocontrol sobre el cuerpo — una especie de prueba que se realiza bajo presión y estrés constantes.

El aseo público es una división espacial total de los géneros para una función biológica que comparten. Pero no es solamente la

división de los espacios, sino la organización interna; es distinta pero no debido a razones biológicas, sino culturales.

La cárcel, el cuartel o la comisaría de policía entran en la categoría heterotópica como define Foucault: "Las heterotopías constituyen siempre unos sistemas de apertura y cierre que, al tiempo, las aísla y las hace penetrables. Por regla general, no se accede a un espacio heterotópico así como así. O bien se halla uno obligado, caso de la trinchera, de la prisión, o bien hay someterse a ritos o purificaciones. No se puede acceder sin una determinada autorización y una vez que se han cumplido un determinado número de actos"<sup>6</sup>. Las heterotopías "se distinguen de los emplazamientos funcionales, tales como el espacio público... por estar localizadas, situadas realmente... una contestación a la vez mítica y real del espacio donde vivimos... una ubicación heterotópica traslada el espacio virtual al espacio real"<sup>7</sup>.

El gimnasio es una construcción literal del hombre, donde se construye su cuerpo. Sustituye todo lo que es blando por lo duro. Físicamente quiere ocupar más espacio. Además se fija en la exterioridad que nos recuerda la arquitectura moderna y su idealización del cuerpo masculino desnudo.

Otro término que podemos aplicar a ciertos espacios es el femifóbico donde los hombres han creado rituales masculinos, donde no toleran la presencia de una mujer o un gay. "El miedo a parecer femenino o afeminado es, quizá, el factor más importante en la formación de la masculinidad hegemónica. A diferencia del narcisismo y del fascismo, la femifobia es negación, un barómetro de lo que no se debe ser... potencia la hipermasculinidad, la homofobia, la misoginia, que son respuestas a la ansiedad generada en la búsqueda macho de la masculinidad"<sup>8</sup>. Lo curioso de este tipo de espacio es que su representación pornográfica se parece mucho a la realidad; el macho femifóbico (tanto en el gimnasio, como en el taller de coches, el parque, un encuentro de motociclistas, etc.) está tan ansioso de asegurar su masculinidad que la autoconsciencia de su performance resulta casi *camp*. Estos escenarios, donde la ansiedad heterosexual choca con el deseo homosexual, proliferan en la pornografía gay.

Se establece una masculinidad patente del escenario a través de la austeridad del entorno y sus complementos. La historia de la arquitectura ha identificado la ornamentación, o el adornar las superficies femeninamente "en la invención de los dos tipos de columnas (capitel dórico y jónico); se reclamó la belleza masculina, desnuda y no adornada para el primero, y para el otro, la delicadeza, la ornamentación y las proporciones características de las mujeres"<sup>9</sup>. Si la feminidad se asocia con el concepto de habitación, el escenario de la pornografía gay borra todo lo personal y se fija en la exterioridad. Así, encontramos vínculos entre la representación pornográfica gay, su fijación en el cuerpo masculino y la arquitectura moderna. Lo moderno ha abolido la

---

SI LA FEMINIDAD SE ASOCIA CON  
EL CONCEPTO DE **habitación**,  
EL ESCENARIO DE LA PORNOGRAFÍA GAY  
BORRA TODO LO PERSONAL Y  
SE FIJA EN LA **exterioridad**. ASÍ,  
ENCONTRAMOS VÍNCULOS ENTRE  
LA REPRESENTACIÓN PORNOGRÁFICA GAY,  
SU FIJACIÓN EN EL CUERPO MASCULINO  
Y LA **arquitectura** MODERNA.

---

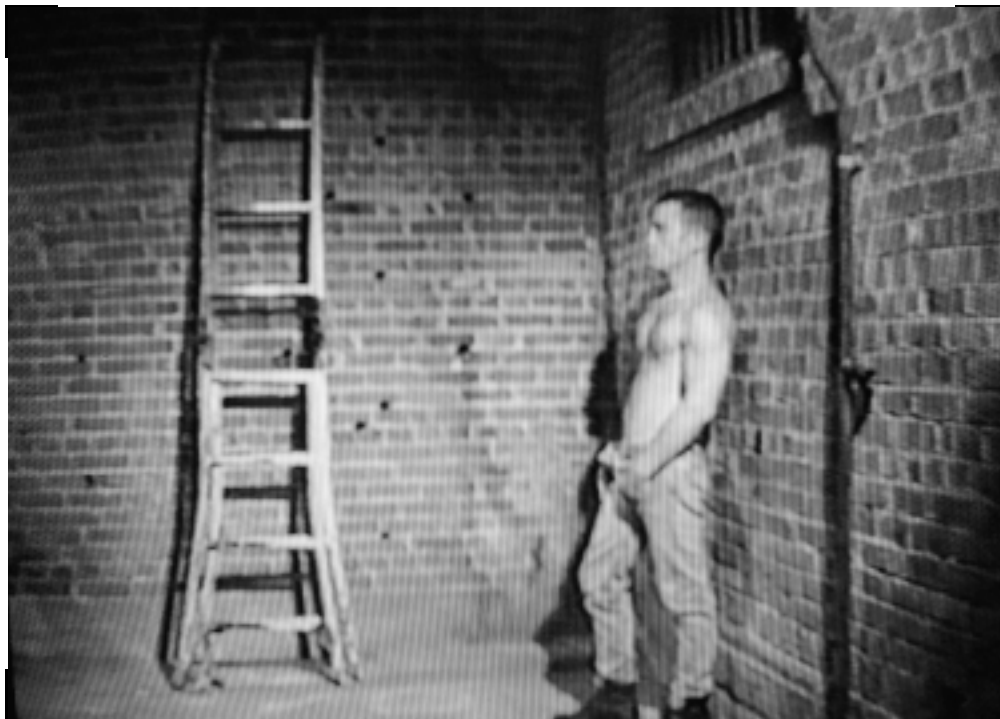
ornamentación, tomando el cuerpo masculino desnudo como su ideal; el uso de los materiales duros e inalterables, tales como el hormigón, el vidrio, el acero, o los materiales naturales, tales como el mármol o la madera sin tallar, que significan la naturalidad de la masculinidad. Y ha creado una noción ficticia de la permanencia, la duración, tanto del cuerpo masculino como, por implicación, de las virtudes masculinas que pretenden encarnar la racionalidad, la higiene, la integridad y el orden.

Se entiende lo femenino como artificio, confeccionado y maquillado, mientras lo masculino se comprende como lo genuino, lo auténtico. Lo masculino es representado por exponer en bruto tanto el cuerpo como el entorno: menos es más masculino. La superficie desnuda es una negación de lo femenino, o masculino como ausencia.

Los cuerpos de los protagonistas, perfeccionados en el gimnasio, reflejan la dureza del escenario al insistir en la exterioridad: lo interior pertenece a lo femenino y lo exterior a lo masculino. Pero como estos cuerpos parecen obviamente contruidos, se pone en duda la ficción del hombre desnudo como signo de lo auténtico.

Los actores lo son por su físico, su cuerpo y no por sus capacidades de interpretación. Estas películas no son obras maestras de la interpretación. Están actuando en sus papeles hipermasculinos, pero la mala interpretación y la construcción autoconsciente de la identidad macho no convencen. Los medios mínimos que se emplean para significar un espacio masculino —una pared de ladrillo, una escalera, un casco de seguridad, etc.— son resultado de las limitaciones de los bajos presupuestos, pero tienen el efecto de codificar el espacio, una serie de complementos dispuestos estratégicamente para significar la masculinidad. Así, la pornografía nos muestra una representación *camp* de la masculinidad, señala la masculinidad como pose —“la naturalidad es una pose tan difícil de mantener”<sup>10</sup>—, implica la masculinidad como *camp*.

Lo *camp* adora el artificio, el estilo, la apariencia, la superficie. Se fija en los complementos de las cosas más que en ellas mismas. En los pequeños matices del comportamiento, del gesto, del lenguaje. “Lo *camp* coloca todo entre comillas. No es una lámpara sino una ‘lámpara’. No es una mujer sino una ‘mujer’”<sup>11</sup>. Lo *camp* toma como sujeto principal todos los atributos, gestos, comportamientos, complementos que constituyen las identidades y los sustancializa en lugar de entenderlos como las expresiones de lo auténtico. Si el género “es la estilización repetida del cuerpo. Una serie de actuaciones repetidas dentro de un marco regulatorio, muy rígido, que se consolida a lo largo del tiempo para producir la sustancia. Una tipología natural del ser...”<sup>12</sup>, lo *camp*, como ocurre en la pornografía, puede servir como una estrategia para desestablecer la apariencia de sustancia del género al centrar la atención en esta estilización. Lo *camp* reconoce,



William James *Cocksure* 2000

resalta, que nada yace más allá de la actuación de la identidad, que esta actuación no es la expresión de una esencia sino *performativa*.

Así, en la instalación *Cocksure*, resultaba eficaz combinar imágenes extraídas de la pornografía gay con imágenes de la ciudad contemporánea, su arquitectura, sus no-lugares, etc.; parecían encajar con facilidad para retratar lo mítico de la masculinidad ficticia y a la vez señalar los mecanismos de su construcción. ■

**WILLIAM JAMES es artista, sus proyectos son instalaciones site specific en torno a los espacios urbanos y sus habitantes. Vive en Valencia.**

#### NOTAS Y REFERENCIAS

- 1 COX, C. *Good Hair Days: A History of British Hairstyling*, London : Quartet Books, 1999
- 2 Cocksure — totalmente seguro de sí mismo; cock — polla; sure — cierto. *Cocksure* es el título de una instalación de William James, octubre de 2000.
- 3 BUTLER, J. *Gender Trouble*, New York : Routledge, 1990
- 4 MULVEY, L. “Melodrama Inside and Outside the Home”, en *Visual and Other Pleasures*, London : MacMillan, 1989
- 5 CALIFA, P. “The City of Desire” en *Queers in Space*, Seattle : Bay Press, 1997
- 6 FOUCAULT, M. “De otros espacios” en *Astragolo* nº 7, septiembre, Madrid, 1997
- 7 CHEVRIER, J.F. *L'any 1967. L'objecte d'art i la cosa pública*, Barcelona : Fundació Antoni Tàpies, 1997
- 8 KLEIN, A. M. *Little Big Men: Body Building, Subculture and Gender Construction*, Albany : Albany State University of New York Press, 1993
- 9 VITRUVIUS, *The Ten Books on Architecture*, New York : Dover, 1966
- 10 WILDE, O. “The Decay of Lying” (1899), *The Artist as Critic: Critical Writings of Oscar Wilde*, ELLMAN, R. (ed.), London : W.H. Allen, 1970
- 11 SONTAG, S. “Notes on Camp”, *Partisan Review*, otoño, 1964
- 12 BUTLER, J. Op. cit.